

COLECCIÓN DE RELATOS DE UJI
(ANTOLOGÍA DEL UJI SHŪI MONOGATARI)

CUANDO EL DIOS DŌSOJIN VISITÓ AL MONJE DŌMYŌ

Esta es una historia antigua, de cuando vivía un monje llamado Dōmyō¹, hijo del noble Michitsuna², el cual estaba absorto en diferentes relaciones amorosas. Se veía asiduamente con la famosa poetisa Izumi Shikibu³. Su forma de recitar los escritos budistas era realmente impresionante. Una noche, cuando dormía tras haberse acostado con Shikibu, se despertó de repente. A continuación, puso todo su corazón en la recitación del *Sūtra del Loto*. Cuando estaba terminando de leer el octavo tomo, empezó a amanecer. Aún adormilado, notó la presencia de una persona y preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy un simple anciano que vive en la quinta calle de Nishinotōin —le dijo aquel.

¹ Dōmyō (道命, 974-1020), monje de la escuela Tendai (天台宗). Descendiente de la poderosa familia aristócrata Fujiwara, ostentó el cargo administrativo de monje *ajari* (阿闍梨; sk. *ācārya*), título honorario asignado por el emperador a unos pocos «maestros monjes» que conocían las enseñanzas budistas esotéricas de las escuelas Tendai y Shingon (真言宗).

² Fujiwara-no-Michitsuna (藤原道綱, 955-1020).

³ Izumi Shikibu (和泉式部, 976-1036?), autora de *El diario de la dama Izumi* (『和泉式部日記』).

—¿Y qué haces aquí? —le preguntó Dōmyō, a lo cual él respondió:

—Esta noche escuché su recitación del *Sūtra del Loto* y quedé tan fascinado, mi señor, que no podré olvidar su voz en todas mis vidas venideras.

El monje Dōmyō afirmó que lo recitaba todos los días del mismo modo y que no entendía por qué ese día era merecedor de tal elogio, pero aquel anciano resultó ser el dios sintoísta Dōsojin⁴, deidad protectora de la quinta calle.

—Cuando usted se purifica debidamente y recita el *sūtra*, los dioses Bonten⁵ y Taishakuten⁶, entre muchos otros seres ilustres, vienen a escucharle atentamente. Entonces, alguien de tan bajo rango como un servidor no puede aproximarse a usted. Sin embargo, esta noche ha recitado el *sūtra* sin haber purificado su cuerpo, por lo que yo he aprovechado que no venían a escucharle los dioses Bonten y Taishakuten. Estoy muy contento de haber podido venir; no olvidaré esta experiencia nunca.

Por este motivo, siempre que se reciten las escrituras budistas es decoroso haberse purificado adecuadamente el cuerpo.

—La recitación del *nenbutsu* y el canto de los textos sagrados son prácticas que deben llevarse a cabo cumpliendo los preceptos de conducta propios de un monje, también

⁴ *Dōsojin* (齋の神) (UJI 1 y 136). En el UJI 120, transcrito como さえの神; también aparece referencia a este tipo de dioses guardianes de las más recónditas aldeas en el UJI 110.

⁵ *Bonten* (梵天 [王]; UJI 1, 136, 154) es la transliteración china para el dios Brahmā, energía cósmica originaria desde la que emerge todo según el pensamiento antiguo indio. Este dios, debido a su gran popularidad desde muy temprano, fue adoptado como patrocinador del budismo en su viaje hacia Asia oriental.

⁶ *Taishakuten* (帝釈 [天]; SHA 8-9; UJI 85, 136, 154) es la transcripción más común en caracteres chinos para el dios védico Indra, reputada deidad, arquetipo del dios guerrero del pueblo ario, muy popular también en la literatura medieval japonesa gracias a su abundante presencia en textos budistas.

en el día a día —señaló el monje Eshin⁷ recordando esta historia.

[2]

CUANDO CRECIAN CHAMPIÑONES OSTRA EN EL FEUDO DE TANBA

Esta también es una historia antigua. En la aldea de Shinomura⁸, en el feudo de Tanba, hubo un período en el que los champiñones ostra⁹ abundaban por doquier. Los pobladores de la aldea los recolectaban, cocinaban y compartían unos con otros. En aquel entonces, el mandatario superior de la aldea soñó que se le aproximaban unos veinte o treinta monjes rasos (*Hōshi*) con el pelo canoso y desaliñado.

—Tenemos algo que decirle.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó el anciano.

—Llevamos muchos años sirviéndoles en esta aldea, pero ya no tenemos motivo para permanecer aquí, por lo que muy a nuestro pesar hemos de decirle que vamos a marcharnos a otro lugar. Creímos que lo más adecuado sería contárselo antes de partir.

El superior de la aldea, muy sorprendido, consultó lo que había visto en su sueño a su esposa e hijos. Otros habitantes internos de la aldea afirmaron haber tenido el mismo sueño, pero nadie acababa de comprenderlo y así pasó el año.

⁷ *Eshin* (源信, 942-1017), monje de la escuela Tendai. Estableció la secta Tendai de la Tierra Pura (天台淨土教) con su glosa conocida como *Fundamentos del renacimiento en la Tierra Pura* (Ōjōyōshū, 『往生要集』).

⁸ *Shinomura* (篠村) (Tanba, 丹波国). Actual población de Kameoka, en la prefectura de Kioto.

⁹ *Hiratake* (平茸, *Pleurotus ostreatus*).

Al otoño siguiente, en la época en que solían brotar los champiñones ostra en la región, los habitantes de la aldea se adentraron en las montañas como acostumbraban a hacer todos los años, sin embargo, por mucho que buscaron no encontraron ningún champiñón. Pasaron los días, pero los pobladores de la aldea continuaban extrañados.

Antaño, fue famoso el ya fallecido monje (*sōzu*) Chūin¹⁰ por su gran oratoria, de una elocuencia inusitada. Este afirmó en una ocasión:

—Los monjes, al pregonar el budismo de manera impura¹¹, se reencarnan en champiñones ostra.

Por ese motivo, no pasa nada por no comer champiñones ostra. Esta es la lección.

[3]

LOS OGROS QUE JUGARON CON EL BULTO DE LA CARA DE UN ANCIANO

Hace mucho tiempo vivía un anciano que tenía un gran bulto en el lado derecho del rostro. La protuberancia era tan grande como un pomelo japonés. El hombre, acomplejado por su aspecto, pasaba sus días recogiendo leña. En cierta oca-

¹⁰ Chūin [仲胤 (僧正)] (fecha de nacimiento incierta). Véanse UJI 2, 80, 82. Octavo hijo del noble Fujiwara-no-Suenaka (藤原季仲, 1046-1119).

¹¹ La moraleja de este relato, a la vez que critica la fe ciega (Villamor, 2021) de los habitantes de dicha aldea, muestra un mensaje ético dirigido a preservar los preceptos monásticos, indicando como signo de impureza este tipo de práctica. El decaimiento de la rigurosidad de las reglas monacales de los monjes japoneses, pero, sobre todo, la mirada crítica, social, que se les profesó, nos hace comprender por qué se produjo en esta época el resurgimiento del budismo zen, al cual, curiosamente, no se hace apenas referencia a lo largo del UJI, con la excepción del UJI 175 (templo zen Zenjō-i, 禅定寺) o la referencia al estado de concentración meditativa (sk. *samadhi*; jp. *sanmai*, 三昧) como parte de un mantra (UJI 68).

sión, cuando iba al monte, estalló una gran tormenta. El viento y la lluvia no le permitieron regresar a su casa, por lo que se tuvo que refugiar repentinamente. No había ningún otro leñador, por lo que, muy asustado, no sabía dónde esconderse.

Oculto en el interior de un árbol vio la entrada de una cavidad en la montaña, a la cual decidió dirigirse para refugiarse. Entró agazapándose con los ojos abiertos y se dio cuenta de que al fondo de la cueva se oía una multitud de voces. El griterío se le acercaba desde la distancia. Creía haberse encontrado solo en el monte, pero al oír aquel grupo se quedó más tranquilo y miró al exterior de la cueva. Allí había una marabunta de gente, algunos con la piel roja, otros azul, e incluso con la piel negra. Todos vestían ropas de tonos rojizos y taparrabos. Algunos tenían solamente un ojo y otros no tenían ni boca. Había un gran bullicio: unos cien sujetos se encontraban agrupados mirando fijamente el fuego, con una mirada penetrante como la de un tejón.

Los ogros rodearon el árbol que había en la entrada de la cueva en la que se encontraba el hombre y formaron un gran círculo. Cuando el anciano estaba a punto de perder el conocimiento del susto, el que parecía ser el cabecilla del grupo se adelantó y se sentó. A su izquierda y derecha se alinearon los demás ogros. El anciano no tenía palabras con las que describir la escena que estaba viviendo. Los ogros disfrutaban de la velada bebiendo y divirtiéndose, como sucede en las celebraciones de los humanos. Se servían alcohol unos a otros, pero, de entre todos, el cabecilla parecía estar más borracho que ninguno.

En un momento dado, desde la última fila de los ogros, uno más joven se puso en pie, colocó una bandeja sobre su cabeza y se aproximó bailando hasta el lugar de honor donde se encontraba sentado el ogro principal mientras recitaba algo en una lengua incomprensible para el anciano. El cabecilla, como si se tratara de un hombre cualquiera, sostenía en la mano izquierda su bebida y se reía a carcajadas. El joven ogro terminó su baile y se retiró del lugar. De este modo, todos los jóvenes ogros pasaron bailando uno tras otro en orden. Algunos bailaban bien,

pero otros eran unos zotes. El anciano, muy sorprendido, siguió observando y oyó cómo el cabecilla se regocijaba diciendo que esa noche estaba teniendo una gran fiesta, dado que había más bebida que nunca. El cabecilla pidió a sus secuaces un aliante mayor con el que festejar la velada. Entonces el anciano, que escuchó esto, poseído por el ambiente festivo, o quizás movido por la voluntad de los *kami* y budas, tuvo la ocurrencia de presentarse ante los ogros y echarse también a bailar. Por un instante titubeó, pero al final no pudo resistirse al ritmo y la algarabía de los ogros. «Que sea lo que tenga que ser», pensó para sí, y se lanzó a bailar en medio de ellos con la determinación de entregarles su vida. Salió de la cueva ocultando su cara, tapándose hasta la nariz con su gorro. Con el hacha para cortar troncos que llevaba colgando a la cintura comenzó a bailar frente al cabecilla. Nada más verlo, los ogros se abalanzaron sobre él con gran curiosidad. Alterados, comenzaron a alzar al anciano por lo alto, lo estiraron, lo retorcieron e hicieron con él de todo. El anciano continuó bailando sin comprender muy bien por qué, mientras gritaba abrumado obviamente por la situación. Los ogros, desde los de más alto rango hasta los más jóvenes, se regocijaron mucho con tal espectáculo.

—Durante largos años hemos pasado nuestros días bebiendo y emborrachándonos, pero nunca habíamos disfrutado tanto viendo a un personaje como este. Abuelo, ven siempre a nuestras fiestas —propuso el cabecilla de los ogros.

—¡Claro...!, descuide, que no hace falta ni que me inviten. Con gusto vendré a visitarles de nuevo. Tendrán que perdonarme que hoy, con las prisas, he olvidado hacer el baile para concluir la velada. La próxima vez que los vea será un placer mostrarles un baile más pausado.

—Así sea. No olvides volver a visitarnos cuanto antes.

Pero, entonces, uno de los ogros, sentado el tercero en el lugar de más veteranía, dijo:

—Aunque el viejo diga eso, luego igual no viene. Sería mejor que le quitáramos algo que le importe como fianza, ¿no creéis?

—Sí, sí. Arrebatémosle algo para que así quiera volver con nosotros —dijeron los ogros, y se pusieron a consensuar qué quitarle.

Entonces el ogro cacique ordenó:

—Quítadle ese bulto de la cara. Los bultos dan buena suerte, seguro que lo echa de menos si nos lo quedamos.

—¡Ay! Si quieren quítenme los ojos o la nariz, no me importa. Pero, por favor, ¡el bulto no! Se lo ruego. Lleva mucho tiempo conmigo y no me parece justo que me lo quiten sin motivo alguno.

—Ya veis cuánto lo estima. Quitádselo ahora mismo, esa será nuestra mejor baza —dijo el cacique.

Los ogros se acercaron al anciano y se dispusieron a quitarle el bulto. Se lo estiraron hasta arrancárselo, pero el hombre no mostró ni un ápice de dolor. Tras ello, los ogros dijeron al anciano que volviera sin falta, y justo cuando los pájaros daban su canto matinal para anunciar la llegada del nuevo día, se marcharon.

El anciano se tocó el rostro, pero el bulto que había tenido durante tanto tiempo había desaparecido por completo, motivo por el que regresó a su casa olvidándose incluso de que había subido a la montaña para cortar leña. Su anciana esposa le preguntó qué le había pasado y el anciano le comenzó a contar. La mujer se sorprendió mucho.

Tras esto, uno de sus vecinos, anciano también, oyó el rumor, y como él también tenía una gran protuberancia en el carrillo izquierdo fue a consultarle cómo había podido quitarse la suya. Le preguntó a qué médico había ido para que se la extirparan sin hacerle daño, pero el leñador le dijo que no había sido un médico, sino unos ogros quienes se la habían quitado. Así que, al final, el hombre pensó que podría ser una buena idea buscarlos y allá que se fue. El anciano que cortaba leña se lo había contado todo porque él insistió en saber hasta el más mínimo detalle.

Tal y como le dijo su vecino, dentro de un árbol estaba la entrada a aquella cueva, por lo que el nuevo anciano entró en

ella y se quedó esperando. Allí se le aparecieron los ogros, festejando, haciendo un corrillo y bebiendo alcohol, tal y como le había sido relatado.

Entonces estos preguntaron si el anciano había venido y el ogro cabecilla le ordenó que bailara para ellos sin dilación. Pero este anciano no lograba bailar con la misma alegría, y su baile resultó realmente descoordinado, por lo que los ogros, muy enojados, decidieron devolverle de mala manera el bulto que pensaban le habían arrancado. Así, desde la última fila de ogros, acerca de uno de ellos se abalanzó sobre el anciano y le arrojó el bulto sobre el carrillo bueno, dejándole como resultado la cara hinchada por ambos lados. Pobre viejo, ¡no se debe ser envidioso!

[4]

SOBRE BAN-NO-DAINAGON

Esta también es una historia antigua, de cuando en el feudo de Sado¹² vivía Ban Yoshio¹³, quien llegó a ostentar el cargo de *dainagon*¹⁴ al servicio del segundo gobernador del

¹² La región del antiguo latifundio de Sado (佐渡国) corresponde a la de la actual prefectura de Niigata.

¹³ Tomo-no-Yoshio (伴善男), Ban, consejero imperial (811-868). A pesar de que llegó a escalar en el entramado jerárquico de la Administración hasta alcanzar el rango de *dainagon*, fue acusado del incendio del portón Ōtenmon (UJI 114) y desterrado por ello a las islas Izu (al sures-te, próximas a la bahía de Sagami).

¹⁴ *dainagon* (大納言), cargo público de gran prestigio al servicio del Ministro de la Derecha (*udaijin*, 右大臣), dentro del Departamento de Estado [Da(i)jō-kan, 太政官] establecido como parte del modelo político-jurídico antiguo (Ritsuryōsei, 律令制) importado desde reinos chinos tras el comienzo de la centralización administrativa en torno a la familia imperial en la reforma Taika (645). No debe confundirse con la institución moderna, adscrita al Gobierno japonés tras la Restauración Meiji. Este régimen administrativo disponía además de otro organismo

feudo. Yoshio soñó un día que con las piernas entreabiertas podía ponerse de pie y abarcar la distancia que había entre los templos Saidai-ji y Tōdai-ji. Le contó su sueño a su esposa, y esta le dijo que este significaba que la entrepierna se le partiría en dos. Yoshio se asustó, pero se convenció a sí mismo de que no se trataba más que de un simple sueño.

El segundo gobernador del feudo provenía de una familia famosa por su extraordinaria videncia. Normalmente no hacía estas cosas, pero ese día le dijo que le agasajaría leyéndole las manos y se sentó frente a él. A Yoshio le preocupaba que le timara y le dijera lo mismo que su mujer acerca de que su entrepierna se partiría en dos.

—Has tenido una gran visión. No obstante, se lo has contado a la persona incorrecta. Lograrás un cargo importante, pero parece que ocurrirá un suceso del que se te culpabilizará —dijo el segundo gobernador.

Con el tiempo, Yoshio logró el cargo de *dainagon* y se trasladó a Kioto. Sin embargo, fue culpado tal y cual se lo predijo el segundo gobernador.

[5]

EL ASCETA QUE TENÍA EN LA FRENTE EL *ZUIGU-DHĀRAṆĪ*

Esta historia también es antigua, de cuando apareció en casa de un hombre un *yamabushi* un tanto aparatoso con una gran hacha a la espalda, una caracola en la cintura y una vara. Aquel sujeto entró al pequeño jardín de una residencia samurái, por lo que los guardias le preguntaron:

—¿Qué clase de monje es usted?

principal del Departamento de Estado: el Consejo Superior Religioso (Jingikan, 神祇官). Para más información se recomienda la lectura de Lanzaco (2020), y Pérez y San Emeterio (2020).

[77]

—Normalmente, me encuentro en el monte Hakusan realizando prácticas ascéticas. Estaba a punto de llevar a cabo la penitencia de la «Caminata de los dos mil días», pero me he quedado sin dinero, por eso he venido a Mitake. Les ruego una limosna —dijo el *yamabushi*.

Los guardias vieron que, en su frente, entre las cejas, donde le crecía vello, tenía una herida reciente de unos seis centímetros, así que le preguntaron cómo se la había hecho. El *yamabushi*, tratando de mostrar un semblante respetuoso, dijo:

—Llevo marcado el símbolo sagrado del *zuigu-dhāraṇī*¹⁵.

Los guardias y samuráis del lugar se sorprendieron mucho y le dijeron:

—Sabemos de muchos monjes ascetas que se cortan dedos de las manos y pies, pero nunca habíamos visto a uno que se partiera la frente para inscribirse un mantra protector.

Fue entonces cuando un joven samurái de unos diecisiete o dieciocho años apareció en escena repentinamente y comenzó a anunciar:

—¡Aquí está el monje impostor! ¡Qué dices de símbolo sagrado! Si yo te he visto que estabas entrando y saliendo sin parar de la casa del alfarero de la calle séptima. Fue él el que te dio con una de sus herramientas y te abrió la cabeza cuando tratabas de huir y te echaste a correr hacia el oeste,

¹⁵ Este (jp. *Zuigu-darani*, 隨求陀羅尼) era uno de los mantras protectores (sk. *dhāraṇī*) (UJI 5, 19, 105) que se imploraban (a los mantras desde la antigua India se les atribuía el poder de transformar la realidad con su mera pronunciación, debido a que, desde antaño, las palabras eran deificadas como la expresión máxima de la verdad universal) por la prosperidad y bendición del pueblo llano. Normalmente, precisamente por ello, las «palabras veraces» (jp. *shingon*, 真言) que componen estos mantras no eran traducidas, sino que se seguía la política traductológica clásica de transcripciones de los aún más ancestrales fonemas indios reorganizada por el monje Genjō (玄奘; Ch. Xuán Zàng, 602-664) (Villamor, 2023a: 57-58; Villamor, 2022f: 11). Se lo considera una manifestación (avatar) del *bodhisattva* Kannon (Takahashi y Masuko, 2018a: 75).

un día del verano pasado que te atrapó huyendo de su casa después de que te pillara *in fraganti* en una de tus muchas visitas nocturnas a su esposa. Uno de los jóvenes sirvientes te vio también, porque justo te pegó delante de su casa.

Los samuráis y personas allí presentes se quedaron atónitas y, al mirar la cara del *yamabushi*, vieron que este no mostraba un ápice de disconformidad ante lo que había escuchado. Finalmente guardó unos segundos de silencio y puso el pretexto de que no le habían pegado por adúltero, sino que se lo había hecho él mismo.

Los testigos de esta anécdota comenzaron a reírse a carcajadas al unísono, y el *yamabushi* se marchó del lugar escondiéndose entre la muchedumbre.

[6]

LA INSPECCIÓN GENITAL DEL *CHŪNAGON* A UN MONJE

Esta también es una historia antigua, de cuando vivía el consejero imperial, el *chūnagon*¹⁶. A su residencia se presentó un monje con un hábito especialmente corto y oscuro que había sido teñido con tinta china. Encima llevaba una estola de Fudō propia de los *yamabushi* y un gran rosario colgante hecho de la madera de un árbol de farolillos¹⁷. El consejero *chūnagon* preguntó:

—¿Qué clase de monje es ese?

El monje, con una voz inesperadamente triste, contestó lo siguiente:

¹⁶ Murakami Genji (1077-1136), primogénito del ministro de la Izquierda (*sadaijin*, 左大臣), Minamoto-no-Toshifusa (1035-1121). Llegó a ostentar el cargo de jefe de los guardianes del Archivo Imperial (*kurōdo-no-tō*, 蔵人頭) además de otros cargos insignes como funcionario estatal.

¹⁷ Árbol de farolillos (jp. *mokugenji*, 木練子; *Koelreuteria paniculata*).

[79]

—Vivir en este mundo ilusorio y pasajero es una tarea ardua. Desde el pasado continuamos naciendo y muriendo constantemente, reencarnándonos a causa de los pensamientos mundanos que nos arrastran una y otra vez, no permitiéndonos liberarnos de las ataduras de este mundo plagado de sufrimiento. Hastiado de esto, soy un monje que ha decidido abandonar la rueda de las reencarnaciones sobrepasando el umbral de la vida y la muerte tras haberme alejado de los pensamientos del cuerpo.

A esto el consejero *chūnagon* le preguntó:

—Así que has sobrepasado el umbral entre la vida y la muerte, ¿eh?

—Mire lo que tengo aquí —respondió el monje, y mostró que bajo su hábito no había otra cosa que no fuera su vello corporal.

El consejero, muy sorprendido, se percató de que el vello púbico del monje era extraño y mandó venir a sus sirvientes. Dos o tres se aproximaron y el consejero les ordenó que tirasen del monje. Este, con una expresión turbia, comenzó a implorar el mantra del Buda Amitābha (el *nenbutsu*) y, abriendo las piernas tras gesticular de forma insólita y entrecerrar los ojos, dijo:

—Venga, hagan rápido lo que tengan que hacer.

Entre dos o tres lo alzaron en alto. Entonces, un joven samurái de unos doce o trece años se acercó al monje y comenzó, tal y como se le había ordenado, a subir y bajar la mano frotándole las partes íntimas. Durante un rato, siguió haciéndolo con su mano suave y rellenita. El monje comenzó a fingir y dijo que pararan, pero el consejero imperial *chūnagon* dijo:

—Le está empezando a gustar, sigue frotándole.

—Deteneos, esto es denigrante —pidió el monje. Sin embargo, el joven obedeció la orden y continuó su tarea hasta que de entre su vello se alzó un gran champiñón que le llegaba hasta el vientre. Todos los allí presentes, que eran muchos, soltaron una gran carcajada al unísono. El monje cayó golpeándose la mano y tampoco pudo ocultar la risa. ¡Menuda sorpresa! El monje tenía la *seta* escondida tras la

bolsa que usaba para mendigar y hacía pasar por su vello público las hebras de arroz.

Así es como se hacía el piadoso y mendigaba a la gente comida. Menudo mequetrefe estaba hecho aquel monje.

[7]

EL MONJE DE RYŪMON QUE SE QUISO SACRIFICAR A CAMBIO DE UN CIERVO

En el feudo de Yamato¹⁸, en Ryūmon, vivía un monje, el cual era conocido como el monje de Ryūmon. Un hombre amigo del monje solía cazar ciervos día y noche, atrayéndolos con una trampa de fuego. En una ocasión, durante una noche cerrada, este hombre salió a cazar como acostumbraba. Andaba buscando ciervos cuando percibió que uno le miraba. Empezó a llamar su atención con el fuego de su antorcha y el ciervo se fijó en él. Entonces se aproximó al ciervo a distancia para poder dispararle, soltó la antorcha y, preparando su arco, se dispuso a lanzar la flecha certeramente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los ojos del ciervo se encontraban menos separados de lo normal y de que su color no era el usual.

«¡Qué extraño!», pensó para sí mismo, apartando por un instante el arco para comprobar lo que sucedía. Luego soltó la flecha, tomando la antorcha, y se acercó para comprobar si realmente era un ciervo.

«Si te vas a levantar, hazlo», pensó, y rodeándolo se fijó en que tenía una tersa piel. «Ya me parecía a mí que sí que era un ciervo», razonó, y volvió a preparar su arco para disparar, pero los ojos sí parecían diferentes.

¹⁸ *Yamato* (大和国), antiguo nombre de la actual prefectura de Nara.